

**LA IDENTIDAD NACIONAL MEXICANA COMO PROBLEMA
POLÍTICO Y CULTURAL**
**La temática y el quehacer implícitos en la reflexión de este
siglo**

María de la Luz Casas Pérez
Noviembre de 1999

mcasas@campus.mor.itesm.mx

La historia del hombre en sociedad es el relato de la eterna adaptación de la persona con su entorno y de seres humanos en su interacción con otros seres humanos. También es el recuento de su devenir en el mundo, buscando imprimir en todo lo que hace la huella de su sentir, de su articulación sobre la realidad y de su cultura. Todo lo que hace distintivas las relaciones que emprendemos, se encuentra predeterminado por una constante negociación entre lo que somos, los valores que poseemos y la importancia relativa que le damos a esta presencia social y cultural frente a la presencia social y cultural de otros. Buscamos reafirmar nuestra existencia por comparación con la identidad de los demás y, en ocasiones, por franca oposición a ella. Somos, independientemente de nuestras personalidades individuales, identidades colectivas vivas y cambiantes que se definen en una dinámica cotidiana, día a día, palmo a palmo por las interacciones que sostenemos. Las relaciones, privadas o públicas, ya sean de carácter social, políticas, culturales o económicas, dentro de un contexto social, regional o nacional dan sentido a lo que somos, y al mismo tiempo definen nuestro futuro. Sin embargo, pocas veces reflexionamos sobre las facetas varias de nuestras identidades cambiantes. Frecuentemente sólo las vivimos, como la piel o el aire que respiramos y es que, como bien apuntan los coordinadores de este volumen *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural*: "La identidad nacional mexicana es una realidad histórica cultural que ofrece múltiples desafíos para su aprehensión y comprensión".

Pensarnos en términos identitarios, nos obliga a cuestionarnos no solamente quiénes somos, y qué misión hemos venido a cumplir a este mundo, sino también reconocernos como parte de la raza humana, y como contribuyentes sociales al destino que habrá de tener el hábitat que ocupamos. Por ello es que, preguntarse qué es la identidad, y lo que es más, plantearla como un problema de estudio político y cultural es un reto, pero además, es una tarea metodológicamente difícil aunque sumamente reveladora.

Esa tarea correspondió a los Maestros Raúl Béjar y Héctor Rosales quienes, gracias al sustento intelectual del Dr. Pablo González Casanova, director del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, lograron reunir a un grupo de investigadores, provenientes de varias disciplinas para abordar el tema de la identidad nacional a fin de siglo y de milenio, comenzando con ello a desentrañar una enorme urdimbre que, por momentos se revelaba hermosa,

impresionante, multicolor, pero en otros se entretejía nuevamente, se enmarañaba y parecía nunca quererse terminar.

Yo tuve la fortuna, y el honor de formar parte de tan apreciable grupo de estudiosos del tema, quienes durante varios días dentro del coloquio *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural*, que da origen al texto que aquí nos ocupa, nos dimos a la tarea de presentar nuestras ideas, escuchar reflexiones y tejer y construir nuevos patrones multicolores. Puedo decir, que el ambiente que se generó al interior de esas sesiones fue, además de profundo, sumamente enriquecedor.

Cada una de las contribuciones era a cuál más interesante y representativa de amplio estudio y consideración, pero además nos revelaba palmo a palmo un panorama tan vasto como increíblemente delicado. Ahí, en la larga mesa de sesiones de un aula de la Torre II de Humanidades en Ciudad Universitaria, veíamos desfilas frente a nuestros ojos preguntas universales sobre el quiénes somos, qué nos distingue como cultura y como nación, y hacia dónde vamos. Cuáles son los retos que tenemos delante, cómo podemos afirmar la diferencia, pero encontrar caminos de encuentro para la coexistencia colectiva.

La gran mayoría de las preguntas que nos hacíamos contenían un común denominador: estábamos intentando reconocer el futuro con instrumentos del pasado o del presente. No obstante, ¿no es ése el mecanismo del historiador?, ¿no contiene la ciencia social dos tipos de instrumentos de apreciación de la realidad?, ¿un espejo para mirarnos y un catalejo para explorar el horizonte?. Nuestro reto era claro: ¿Cómo emplear herramientas metodológicas para la comprensión de la herencia social que nos permite reconocernos y plantear nuestros esquemas de futuro? Era un hecho que sobre la mesa había preguntas sustantivas. Algunas de ellas rondaban la discusión una y otra vez, como el patrón esencial de ese enorme tejido multicolor; entre ellas, el concepto del Estado-nación. Como bien apuntan Raúl Béjar y Héctor Rosales en su Prefacio a la obra: *"El Estado-nación, entendido como construcción social e histórica, había sido hasta hace pocos años, el referente dominante que le daba sentido a los procesos de producción y reproducción social. Muchos de nosotros crecimos en un mundo de estados nacionales configurado a partir de una geopolítica bipolar que funcionaba como un marco explicativo de la historia contemporánea. Hoy, en el umbral de un nuevo milenio de la era cristiana, donde las nuevas realidades se expresan con las palabras global, posmoderno e informático, no es exagerado decir que tenemos menos esquemas y seguridades"*.

Diferentes campos disciplinarios animaron la discusión que se generó durante horas enteras en torno al tema de la identidad nacional. Cuestiones teóricas, políticas y vivenciales distintas se trajeron a la mesa para ser presentadas, discutidas y debatidas. En ocasiones los planteamientos eran generales, y en otros momentos la discusión bordaba fino como una filigrana, pero siguiendo el mismo patrón

básico. Todos pisábamos con pies de plomo, buscando aportar con cada frase, con cada argumento, elementos sólidos sobre los cuales construir.

Ahí estaban por ejemplo, la cuestión de la *"prescindibilidad-imprescindibilidad de la nación"* acotada por la investigadora Ana María Rivadeo, quien atinadamente apuntaba el tipo de problemas a los que nos enfrentamos al tratar de seguir utilizando el concepto de lo nacional en la definición de nuestras identidades colectivas. Términos como lo nacional e internacional, que en un tiempo dieron paso a la noción de transnacional, dieron paso a nuevas realidades interconectadas de lo global; de tal suerte que la abstracción de lo nacional como concepto revelador de un territorio, una raza, una costumbre o un pueblo, tenía que ser ahora confrontada directamente con la presencia inminente de otras identidades culturales y nacionales en contextos de internacionalización, mundialización y globalización. De hecho, como dice la propia autora, para acotar la desmesura de los problemas que afrontamos habría que anotar por lo pronto los siguientes:

"1] la cuestión teórica general de la contradictoriedad múltiple de la forma nacional, de su continuidad y discontinuidad, su unidad y fragmentariedad y de la lógica inescindible que articula, desde su propia conformación, la dinámica nacional a la dinámica intertransnacional; 2] el examen de la rearticulación de los tejidos nacionales y de la trama mundial, que involucra el actual proceso de transnacionalización capitalista; 3] la cuestión de la especificidad de la forma nacional (transnacional) hoy, que comporta una analítica de los nuevos sistemas hegemónicos que la constituyen, de las luchas actuales por la conformación de lo nacional y del modo como estas luchas resignifican la consistencia de la nación, y la construcción de las identidades nacionales".

También aparecieron cuestiones esenciales para una construcción de lo identitario nacional, al apuntar que *"la vida y el despliegue de las naciones son siempre procesos específicos"*. En ese sentido por ejemplo, reconocimos que no podemos escapar a la política como única posibilidad de legitimar nuestra identidad nacional, pero además, como única posibilidad de trazarnos un modo de vida. Para el investigador Ambrosio Velasco Gómez, el problema de la identidad nacional está precisamente anclado al modelo político que hemos decidido adoptar; y la historia de nuestros devenires y conflictos para el establecimiento de una identidad nacional, ha sido producto, precisamente, de nuestras fluctuaciones filosófico-políticas en el proceso de darnos a nosotros mismos un sistema político que nos contenga. Como dice el autor:

"En suma, bajo el mero principio de igualdad de derechos la democracia liberal tiende a limitar la identidad nacional a una cultura homogeneizante y excluyente, semejante a la que produce la democracia autoritaria. Esta homogeneización excluyente constituye un factor que merma las bases mismas de la democracia: la

pluralidad de intereses, tradiciones y opiniones que debaten en el espacio público y conforman el legítimo poder político.

En oposición al modelo democrático liberal, el republicano no afirma como principio fundamental la igualdad, sino el reconocimiento de las identidades culturales diversas. Este principio pone el énfasis en la igualdad de valor y de respeto en las comunidades y, de modo secundario, en el individuo. Esta prioridad se debe precisamente a que la tradición republicana concibe al individuo como miembro de una comunidad, de una cultura que le precede y dentro de la cual define su curso de vida, sus valores fundamentales, sus derechos básicos como persona. (...) Desde la perspectiva republicana los derechos, la legislación y el ámbito de competencia del poder político se adecúan a las identidades culturales, y no al revés, como sucede en la democracia autoritaria y en la liberal, con diferencia de grados".

La historia de nuestra nación ha estado plagada de intentos por definir un sistema democrático, bajo modelos autoritarios, republicanos y liberales que pugnan por establecer un esquema que aglutine a la colectividad junto con sus diferencias. En este siglo, como en el pasado, y seguramente en el que está por venir, habremos de encontrar que los cuestionamientos filosófico-político esenciales seguirán siendo los mismos. Quizás el concepto rector que aglutine ya no sea la figura del Estado-nación, pero es un hecho que seguiremos buscando el reconocimiento de la pluralidad fundamental de la sociedad mexicana dentro de un nuevo pacto social incluyente y con ello una redefinición de nuestra identidad o, dicho de otra manera, de la identidad nacional.

Ahora bien, ¿sobre qué bases podemos aspirar a la convivencia?, ¿son todavía vigentes conceptos como *Estado, nación, soberanía, pueblo territorio o gobierno?*, ¿sigue siendo una expresión constitutiva del Derecho y nuestra única posibilidad de sobrevivencia en sociedad el: *"Nadie por encima del Estado; nada por encima del Derecho; el Estado sólo sometido al Derecho"*? En su participación, el investigador Fernando Pérez Correa reflexiona sobre las dimensiones del marco jurídico para la convivencia pluricultural y pluriétnica en el Estado mexicano contemporáneo y se remite a los conceptos canónicos del Derecho para aclarar que:

"El Estado soberano se entiende como una formación histórica capaz de tomar sus propias decisiones políticas, con exclusión de fuerzas externas –estados, bloques, potestades- y de fuerzas internas – iglesias, estamentos, corporaciones".

Lo anterior implica que el Estado puede darse a sí mismo el marco legal capaz de permitir la convivencia pacífica, pero ello implica la voluntad mayoritaria de la población y el respeto al marco legal.

Ahora bien, dentro del marco de un México pluricultural y pluriétnico las cosas se complican. La demanda de reconocimiento a los usos y costumbres, formas de gobierno y prácticas legales de las distintas comunidades culturales que son parte integral de nuestra nación, no es suficiente para asegurar la convivencia pacífica, ni constituye una

reivindicación en el ámbito técnico jurídico por parte del Estado; simplemente es la expresión de una demanda política que, aunada a otras cuestiones que pueblan el panorama de nuestra identidad nacional, o de la pluralidad de identidades nacionales que habitan en nuestro país, simplemente no hemos podido, sabido o querido resolver.

Después de todo, como indica Estela Serret *"el espacio en donde se configuran y actúan las identidades es el del imaginario colectivo"* y en ese sentido, confluyen dentro de ese imaginario todas las formas de percepción posibles, tanto la autopercepción, como las percepciones del otro. Ahí se encuentran, conjuntamente, las muchas y variadas percepciones de lo que significa ser indígena, ser ciudadano, habitante de lo rural o de lo urbano, ser hombre o ser mujer. Dice Serret:

"Las identidades particulares, personales y colectivas son también, y no sólo, el resultado de la asignación de lugares efectuada por el orden simbólico, de modo que la percepción de un sujeto o un colectivo, pertenecientes a cierto género, se produce como el efecto secundario de una labor ordinal que le precede. Los elementos simbólicos que llevan a asociar a cierta persona con un género u otro son culturalmente específicos. (...) Estos referentes simbólicos de la identidad de género se construyen y se reproducen en el interior de las diversas instancias de socialización: la familia, la(s) iglesia(s), las instancias educativas, las tradiciones orales y literarias..." y, yo añadiría, los medios de comunicación.

Estela Serret nos permite encontrar, a través de la dicotomía más simple entre los sexos, la esencia de la formación de identidades. A partir de ahí, elaboramos otra serie de dicotomías, cada vez más precisas y más sutiles, que van conformando la multiplicidad de identidades que ahora reconocemos y que cada vez con más frecuencia, nos impiden encontrarnos en él elementos comunes.

Los procesos de aculturación respecto del yo y de los otros, añaden, como en todo orden simbólico, patrones, parámetros o referencias, frente a los cuales interpretar el yo, el ahora y el después; el referente de las identidades permite así, determinar los límites de la cultura, la alteridad y el afuera, la inclusión y la exclusión.

Las concepciones modernas sobre el nacionalismo, que aglutinaban la consolidación de los Estados nacionales del siglo XVIII y XIX, el aprecio por lo propio y la desconfianza hacia lo extranjero, son en síntesis, inoperantes en un mundo en que se fomenta la globalidad y la nacionalidad múltiple. Paralelamente, a los sujetos se les pide desaprender los patrones de adscripción nacional anteriormente aprendidos en aras de un reconocimiento a una nacionalidad múltiple.

Como indica José Manuel Valenzuela Arce en su ensayo:

"En el umbral de otro milenio, observamos la definición de nuevos límites de adscripción identitaria e inéditas formas de resistencia y disputa por las representaciones sociales".

Cuestiones como la doble nacionalidad y la autonomía indígena se encuentran sumamente presentes en el debate sobre la identidad nacional del México de finales del siglo XX.

"Estos cambios incluyen transformaciones tanto en la definición de los estados nacionales, la relación entre los procesos de globalización y las culturas nacionales, como en la relación entre soberanía e identidades nacionales".

El concepto de nación como comunidad política imaginada, inherentemente limitada, donde el Estado simboliza y garantiza la soberanía, debe ser interpretado nuevamente a la luz de la posibilidad de que mexicanos que radican fuera del país mantengan su nacionalidad. Esta presencia significativa de mexicanos en el extranjero, anuncia nuevas condiciones de definición social y cultural de la nación que rebasan las fronteras del territorio, de la misma manera en que posiciones multiculturalistas reclaman los derechos de adscripción étnica y de reconocimiento de la multiplicidad de naciones que habitan en nuestro territorio. Estos derechos incluyen derechos políticos, ciudadanía, derechos de propiedad y derechos a las prácticas sociales y culturales que dan sentido de pertenencia. Así, estamos ante la gestación de nuevas normatividades que inciden en las relaciones sociales y que reconocen como relativo a la identidad nacional, mucho más que una comunidad de lengua y de territorio. Como bien apunta José Manuel Valenzuela:

"Cerca de una quinta parte de la población de origen mexicano vive fuera del país, situación que obliga a redefinir la interpretación sobre los procesos socioculturales que ocurren entre nuestro México, caracterizado por una profunda crisis del proyecto social dominante, y "el México de afuera" donde mexicanos y chicanos buscan opciones de participación en las que sus adscripciones y herencias culturales mantengan vínculos importantes con la nación social y cultural mexicana".

Por otro lado, pese a que el Estado logró conformar una comunidad nacional imaginada, no ha podido borrar las antiguas nacionalidades presentes en nuestra diversidad cultural indígena. Desde ese punto de vista, tenemos que reconocer, que dentro del proyecto nacional, participan diversos proyectos de nación que inciden en la definición de los sentidos colectivos.

No hay más una unidad étnica y cultural en una población homogénea dentro de un territorio concreto y con un Estado propio. Tenemos una *Patria*, entendida como el legado de nuestros antepasados, que se desmorona bajo nuestros pies; más que nunca situada en la ambigüedad entre lo comprensible y lo inasequible.

Como indica la investigadora Dení Ramírez Lozada en su aportación *"La patria y la tradición oral. Una historia entreverada"*:

"La patria es el espacio donde se pueden depositar los sentimientos más profundos; emociones que, si bien son construidas socialmente por "la clase de amor que la sociedad nacional ha producido hacia su imagen íntima"".

Paradójicamente, en un mundo tendiente cada vez más a la globalización, donde se asume que los Estados-nación son obsoletos, siguen presentándose casos en que los individuos deliberadamente acentúan sus diferencias, reelaboran y resignifican continuamente sus identidades, y remarcan su sentimiento de pertenencia a una comunidad. La nación sigue siendo un referente crucial en el complicado proceso de construcción de la identidad, pero en opinión de la autora, más lo es la *Patria* que permite interiorizar las maneras de sentir, actuar y de pensar, interpretar y reconocer los hechos y acontecimientos, y finalmente dotar de significado a las acciones humanas.

No es en balde entonces, que frente a todas estas complejidades, frente a todas estas paradojas, nos encontremos, como dice José del Val en "*El balcón vacío*", asomados a una realidad ante la que nos encontramos con ausencia de metodologías explícitas que nos permitan una discusión razonada de alternativas analíticas para abordar la investigación sobre las identidades.

Todo depende desde dónde se mire la identidad, así por ejemplo hay balcones coloniales, balcones a la carta, balcones deportivos, arquitectura de balcones. Desde luego el balcón representa la perspectiva epistemológica y el proyecto de nación en turno. El problema es que cada cual mira desde su propio balcón, asumiendo que puede penetrar en las claves míticas de nuestra nacionalidad, apropiarse del presente y reconocerse como el verdadero depositario de la historia. Y no es que la tarea en sí misma no sea loable, sino que:

"Reflexionar sobre la identidad propia es sin duda la más filosófica de las preguntas que nos podemos hacer. Ese quién soy y para qué soy que inaugura toda inquisición sobre el hombre en general o sobre cualquier tipo histórico particular de hombres, no es asunto menor, y debe encararse con el más alto grado de honestidad intelectual posible, ...".

Por lo tanto, cada uno de los que contribuimos a esta obra colectiva tuvimos que realizar un ejercicio mayor de intelectualidad y conciencia de que, independientemente de suspirar por una nacionalidad perdida o eclipsada, tenemos que aprender a mirar desde el balcón del otro y reconocer que, como bien apuntaba Enrique Alduncín en un trabajo que de hecho es el ensayo introductorio al volumen pero que, yo añadiría, cierra muy bien el círculo de la discusión:

"En la época de la globalización todas las culturas, especialmente las dominantes, irrumpen en nuestros hogares a través de los medios de comunicación. (...) [que] en todos los puntos del orbe, cada ser humano se enfrenta a costumbres, tradiciones y concepciones ajenas a la propia [lo cual] impacta directamente en la toma de conciencia de nuestras diferencias, o sea de nuestra identidad. (...) En esta época podemos tener varias identidades en función de varios ámbitos socio-culturales; todo hombre o mujer es, al mismo tiempo, miembro de

una familia, de una colonia, de una ciudad, de un estado, de un país, de una región, y ciudadano del mundo. (...) Se es gracias al grupo al cual se pertenece; éste es el sentido de la vida, tanto en el ser como en el quehacer; por ello la identidad se determina a partir de grupos étnicos, idiomas, religión, ideología y creencias; en una palabra, de valores compartidos. (...) No decidimos por nosotros mismos quiénes somos, lo hacemos a través de la interacción social, de la lucha y del reconocimiento de nuestra existencia por parte de los otros".

Somos el resultado de colapsos políticos, y al mismo tiempo de reacciones de defensa, de revancha, de pactos económicos, de ajustes de cuentas históricos, de la toma de conciencia de los pueblos, de quiénes son y de su identidad. Y así llegamos en el Coloquio al diálogo, en un ir y venir de presentar ideas, defender argumentos, a preguntarnos si realmente somos tan mexicanos como nos sentimos o mejor dicho si lo que decimos que sentimos es congruente con la forma como actuamos.

Si buscamos, defendemos y en suma *"amachinamos"* nuestra propia identidad, que es el término que utiliza Daniel Manrique para cerrar con broche de oro el círculo virtuoso de la discusión y ponerle la cereza al pastel para acabar otra vez con lo mismo: ¿Quiénes somos? ¿Cuál es nuestra identidad nacional?

"[¿]El México de a mentiras, que es el oficial formal[?],[¿] o el México de a de veras (...) el México indígena, el rural y campesino y el urbano, mestizo, del arrabal, de los barrios populares (...). Porque "¿saben qué?" como dice Manrique, "primero debemos clarificar nuestra identidad. Entiendan, entendamos que nuestra identidad no es imagen, ya no es de facha, ya no es de fachada, nuestra identidad ahora es de "actitudes", de acción, de qué es lo que sí podemos hacer que puede ser excelente, pésimo o mediocre".

Porque, ya no se vale decir nada más que somos muy mexicanos y que queremos defender nuestra identidad nacional a ultranza. Tenemos que llevar a la identidad no sólo en las venas y en la piel, sino también vivir con ella.

Y la propuesta para definir y *"amacizar nuestra identidad de mexicanos actuales* dice Manrique es (...) primero el ARTE. (...) porque nos da champú para diseñar el proyecto (...) de grupo, el de comunidad, el de sociedad y, con todos sus peros, el proyecto de nación. (...) Primero el ARTE, porque es "sensibilidad", y los humanos primero somos seres sensibles, después técnicos y luego científicos, de esto, intelectuales y al final, políticos. (...)"

Y como para muestra basta un botón, y hacer simple lo complejo implica después de todo complejizar lo simple, Manrique finaliza este volumen sobre la identidad nacional con una sentencia.

"Para ser universales, primero se debe ser locales.

El ARTE es la base esencial de conocimiento para los humanos.

CULTURA es saber todo lo que es "necesario" para el vivir humano, pero saberlo hacer con nuestras propias manos.

El ARTE es lo único que nos da dignidad de humanos a toda la humanidad.

Tener IDENTIDAD es tener dignidad en las relaciones humanas".

El remate de nuestro trabajo colectivo fue precisamente, lo que nos llevó primero a sentir y luego a pensar, y como la intelectualidad finalmente no es nada sin la sensibilidad, ahí, frente a frente, de carne y hueso, estábamos hombres y mujeres de este siglo, terminando un Coloquio, pero apenas iniciando el diálogo; como seguramente lo hicieron otros en otros momentos, en otras épocas, preguntándose por un futuro con instrumentos del pasado.

Para terminar: por supuesto que la identidad nacional reviste numerosas facetas: puede constituirse en un problema teórico, político y cultural como lo enuncia la portada de esta obra, el cual forma parte de un entramado conceptual que incluye al Estado, la nación, la diversidad cultural y los nacionalismos; o bien, puede formar parte de una vivencia específica, articulándose en actores sociales concretos que llevan a sus prácticas cotidianas las distintas apropiaciones de lo cultural y los diferentes sentidos de lo que es ser mexicano hoy a fin de siglo y de milenio. La identidad nacional es ambas cosas y muchas más.

Después de leer las distintas aportaciones y las distintas perspectivas de los autores y comentaristas invitados a este Coloquio, uno se queda con la impresión, de que la identidad es como aquellos caleidoscopios con los que jugábamos cuando éramos niños: contienen elementos básicos constitutivos, pero conforme uno los juega, conforme entran en contacto con uno y con sus aspiraciones de vida, cambian de forma desplegando una variedad de facetas multicolores. Lo mejor de todo es que, como en el caleidoscopio, el juego nunca termina, sino que se transforma en arte y la identidad se revela única, cambiante, sorprendente y maravillosa cada vez que la intentamos apreciar.

Este libro no es un manual para entender la identidad del mexicano, tampoco es una colección de propuestas utópicas sobre la mejor manera de preservar nuestra esencia como pieza de museo. Es una colección de ensayos que bien podríamos aclarar, contienen una buena dosis de rigor teórico metodológico, señalan con precisión los elementos constitutivos básicos de la identidad nacional, pero también la dejan fluir en las palabras y en las vivencias de cada uno de sus autores. Esto último es quizás y como de costumbre, lo más rico de esta obra, porque es ahí donde precisamente el investigador teórico, el intelectual, se compromete con su tarea de vida. Es el momento en donde se compromete la subjetividad con la construcción de lo social, con nuestra voluntad de convivir y aprender de los demás, porque finalmente lo que está en juego es nuevamente la capacidad de adaptación, la conservación de la raza humana y del medio ambiente, la posibilidad de seguir viviendo para hacer la historia.